



Paula Hawkins

Nacida en Zimbabue (África) hace 42 años, de padre periodista, Paula Hawkins llegó a Londres con diecisiete años. Venía de un mundo completamente distinto, idílico y sin esos trenes con los que le tocaría atravesar la ciudad para ir al trabajo. Estudió Filosofía y Ciencias Políticas y Económicas en el Keble College de Oxford y durante años fue periodista freelance especializada en temas económicos. En el 2009 publicó la primera de una serie de novelas románticas modernas –chick-lit– con el pseudónimo de Amy Silver. Tenían que ser encantadoras y chispeantes. Sin embargo, bromea ella misma, eran cada vez más oscuras. La última –sobre el reencuentro de viejos amigos signados por un trágico suceso– fue un fracaso. Entonces Hawkins se enclaustró (“enfebrecida”) para escribir la primera mitad de *La chica del tren*. Fue de gran ayuda el dinero que le prestó su padre.

El germen corrosivo de la desconfianza y el voyeurismo

(Reseña de El País, 2015)

¿Quién no se ha quedado una tarde entera dando vueltas a lo que le ha dicho su pareja por teléfono, al tono, a cierta o supuesta incoherencia en algo de lo comentado? ¿Quién no se ha fijado en alguien en el metro, en un tren, en un autobús o en la calle y se ha imaginado su vida, o un trozo de ella, o algo? Ya, algunos me dirán que de eso nada, que se cree el ladrón que todos son de su condición. Acepto. Dejen de leer entonces.

Para todos los demás, Paula Hawkins ha escrito *La chica del tren* (Planeta, traducción de Aleix Montoto), un best seller mundial con una fuerza y un atractivo indudables, con homenajes a la

2018-2019

Tertulias literarias

Patricia Highsmith de *Crímenes imaginarios*, parecidos a *Perdida* de Gillian Flynn un indudable influjo de aquella bestia de maltratar conciencias llamado Alfred Hitchcock.

Rachel, una fracasada con tendencias alcohólicas, mira todos los días por la ventana cuando el tren que la lleva a Londres para a las 8.04 en una intersección. Allí ve a Jes y Jason, una pareja feliz, idílica, que tiene todo lo que ella tuvo o aspiró a tener y que viven cerca de donde ella intentó construir su sueño con su exmarido Tom. Un día ve o cree ver algo turbio y aquí empieza el lío. Porque la buena de Rachel no anda muy bien de la cabeza (está muy deprimida y padece serias carencias de autoestima) y tiene la costumbre de desayunar vino blanco o latas de gin tonic preparado. Duda, desesperación y voyerismo. Tres ingredientes que bien aliñados dan para un buen inicio.

Pero veamos cómo está Rachel en sus propias palabras:

“Quiero y no quiero una copa. Si no tomo nada, hará tres días que no bebo, y no puedo recordar la última vez que permanecí sobria durante tres días seguidos. También puedo saborear otra cosa en la boca: una vieja obstinación. Hubo un tiempo en el que tenía fuerza de voluntad y podía correr diez kilómetros antes de desayunar o subsistir durante semanas con 1.300 calorías diarias. Tom me dijo que era una de las cosas que le gustaban de mí: mi terquedad, mi fortaleza. Recuerdo una discusión hacia el final de la relación, cuando las cosas estaban a punto de ponerse realmente feas. Perdió los estribos conmigo. “Qué te ha pasado, Rachel”- me preguntó-. ¿Cuándo te has vuelto tan débil?”

No es, como ven, alguien que pueda salir corriendo a decirle a la policía que ha visto o que cree haber visto algo. Y sin embargo, lo hace. *“No haya nada más corrosivo y doloroso que la desconfianza”*, asegura Anna, otra de las protagonistas de una novela que vemos a través de los ojos de tres mujeres. La otra, Megan, también está llena de puntos oscuros y sorpresas.

Hay una clave en todo lo que hace Rachel en esta novela que atrapa de verdad, sin tópicos: la necesidad de alguien que está terriblemente solo de sentirse involucrado en algo o con alguien. Tal y como ha dicho la autora en varias entrevistas:

“Creo que es posible que alguien que se siente sola y aislada en una gran ciudad sienta que tiene cierta clase de conexión con la gente a la que ve todos los días (pasajeros, gente de las casas por las que pasa) sin que realmente haya nunca un contacto. Los extraños que se ven en el tren o que pasan por la calle son tan familiares que sientes como si los conocieras aunque no tengas ni idea de cómo son realmente sus vidas”.

A estos ingredientes se añade el de la mujer desaparecida (de ahí que se la compare con *Perdida*), la investigación en la que nadie es realmente quien parece (cuándo se terminará de reconocer lo que se le debe a Patricia Highsmith) y relaciones de pareja que se derrumban destrozando vidas a su alrededor.

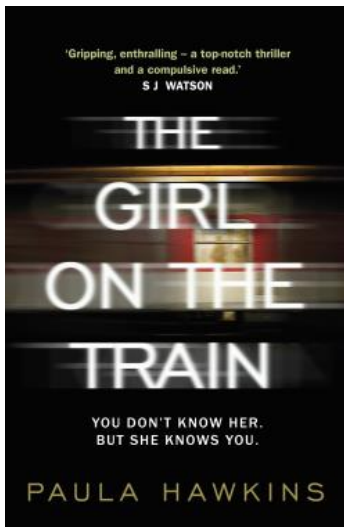
Tertulias literarias

Una novela que funciona muy bien como divertimento (me la leí en un avión de una sentada; Stephen King asegura que le quitó el sueño una noche entera) y que tiene ciertas claves inquietantes y un buen análisis de la miseria que rodea a los personajes, todos de clase media. Hawkins, antes periodista, no ha conocido el éxito hasta los 42 pero ya había escrito antes una serie de novelas y el libro de consejos financieros *Financial Goddess*. Se nota oficio y se notan las influencias y eso se agradece.

El gran mérito psicológico de *La chica del tren* es que mete en la mente del lector los sentimientos negativos de los protagonistas: ansia por conocer la vida del otro, crítica sin saber qué hay realmente en la vida de los demás, desconfianza hacia lo que se ve y lo que te cuentan. Una trampa mortal y moral de la que se sale extasiado. Lean y disfruten.

Fonte: https://elpais.com/cultura/2015/06/10/elemental/1433917147_143391.html

La chica del tren Reseña de Laura Fernández (El Cultural, 2015)



Si Alfred Hitchcock hubiese nacido en otro momento y aún continuase en activo, obsesionado con las chicas rubias y las relaciones de poder, lo más probable es que *La chica del tren*, el libro fenómeno del verano, la primera novela de una periodista que, a buen seguro, ha pasado en más de una ocasión frente a la casa en la que vivió sus últimos días Sylvia Plath, se hubiese convertido en una de sus películas. Aunque de haber sido así, tal vez *La chica del tren* no existiría. Porque ¿caso no es lo suficientemente hitchcockiana como para sospechar que, sin la influencia del maestro de las sombras, jamás hubiese podido ser escrita?

Y es que pese a jugar en la liga del thriller adictivo, poderosamente adictivo (hasta el punto de que podría retarse a cualquiera que diera comienzo a la historia de Rachel Watson a que tratara de no acabarla y ese alguien perdería la apuesta), y evitar todo tipo de pirueta literaria (más allá de la profunda introspección que le permite la primera persona dividida en tres: las tres mujeres de la historia, tan distintas y a la vez, tan parecidas), lo cierto es que sobre el éxito y la efectividad real de esta primera novela de Paula Hawkins (Zimbabwe, 1972), planea el genio del gran Alfred Hitchcock. Y no sólo el suyo. También planea el de Patricia Highsmith, y su perturbadora concepción del noir aún contemporáneo.

Para empezar, la historia guarda, desde el principio, un paralelismo claro con *La ventana indiscreta*. Rachel Watson, la chica del tren, va y vuelve cada día a Londres en tren, sí, y pasa ante el mismo

Tertulias literarias

puñado de casas, y observa a sus inquilinos, hasta el punto de que fantasea con ellos como se fantasearía con muñecos: a este le llamaremos Jason y a aquella la llamaremos Jess, y daremos por hecho que se quieren, y que ella es algo parecido a una artista. Mientras fantasea con ellos, da sorbos a una lata de gintonic, y luego a otra, y el lector descubre que hay alguien, en una de esas casas, que le interesa más de la cuenta. Ese alguien es su ex-marido, Tom. Y es aquí donde entra en juego el factor Highsmith. La obsesión, el tormento, el tren, como ese no-mundo en el que un tenista puede acabar convertido en asesino, y el lado oscuro de cualquiera, por más encantador que éste sea, esto es, el Mr. Hyde que esconde cada Dr. Jekyll.

De hecho, todo en la novela de Hawkins son pequeños homenajes (hay tres voces de tres mujeres, como en aquel poema de Plath, la única escritora que menciona, y con la que establece un juego de espejos: ¿No podía ocurrirles a Rachel y Anna lo mismo que les ocurrió a Sylvia y Assia?), veladísimos, tan velados que no osan interrumpir el ritmo feroz de la historia, ritmo que tiene dos culpables. El primero es el tono de confesión (¿acaso puede alguien dejar de escuchar a una persona que está confesando sus pecados? Porque algo así es lo que hace Rachel: "Bebo, soy un desastre, hace meses que perdí mi trabajo, finjo que no lo he hecho y sigo subiendo al tren cada mañana, ¿en qué me he convertido?"), que empieza teniendo una única voz pero no tarda en sumar otras dos, por lo que el lector echa ahora un vistazo al diario (porque eso parecen, diarios personales) de Rachel, luego uno al de Megan (la chica desaparecida, aquella Jess con la que fantaseaba Rachel) y finalmente otro al de Anna (la nueva mujer de Tom).

¿El segundo culpable? Las pistas. Llegan justo en el momento que deben llegar. Los datos son pocos y se dan con cuentagotas pero se dan en el momento preciso. Y eso es todo un logro. Lástima que la mujer, todas las mujeres, no tengan más remedio que ser, una vez más, las víctimas de autoestima cero de la historia, que sean, en palabras de uno de los personajes, "como uno de esos perros maltratados a los que nadie quiere" y que "por más que echas a patadas, una y otra vez, siempre vuelven agitando la cola".

Redención mediante, lo cierto es que no hay duda de que Paula Hawkins ha sabido cruzar a Patricia Highsmith con Hitchcock (qué curioso que el director adaptara precisamente Extraños en un tren y que la cosa vaya de trenes) y que lo ha hecho bien. Para todos los públicos y bien. Porque sí, La chica del tren es un bestseller pero también es una buena novela. Y eso es casi un milagro.

Fonte: <https://www.elcultural.com/revista/letras/La-chica-del-tren/36846>

Tertulias literarias

Algo escrito y salvaje (La Vanguardia, 2015)

Algo salvaje conservaría dentro de sí misma esta cerebral autora, periodista especializada en economía. Dijo ella que de su infancia en Zimbabue le quedaba un recuerdo muy agradable, aunque también era consciente de que, más allá del jardín de bienestar de su familia, había pobreza y desasosiego. Lo salvaje se esconde más allá de las burguesas cortinas, de los ordenados armarios o la presión de estrictas reglas: el mismo horario de tren todas las mañanas y todas las tardes en una ciudad que nunca da tregua.



Y, a través del viaje en tren, una serie de secuencias hábilmente ensambladas construyen la historia (y la memoria) de Rachel, recorriendo Londres cada mañana y cada tarde en ese viaje que en otros tiempos la llevaba y traía de una vida que se le ha esfumado. Antes tenía un trabajo y un marido. Ahora es una alcohólica que mantiene esa rutina para que su compasiva compañera de piso no se entere de que también ha perdido su trabajo. Toma el tren cada día y a diario pasa por delante de la que había sido su casa. Allí sigue viviendo Tom, su exmarido, pero con otra mujer y con la hija de ambos. También ve otra casa, muy cerca, y una pareja que le parece perfecta. A fuerza de verlos cada día, desde su lugar en el tren, les inventa una vida.

Paula Hawkins declaró que fueron sus largos viajes en tren para ir al trabajo los que le inspiraron el personaje de esta mujer que contempla la vida de esos otros para acabar siendo parte del –en principio– lejano espectáculo. Como J.K. Rowling, con el pseudónimo Robert Galbraith –en *El gusano de seda*– la ciudad de Londres depara largos recorridos y detenciones. Y zonas tranquilas que resultan un infierno (esas casitas que ve la pobre Rachel con añoranza; esa sensación de sórdido barrio residencial). Pero hay otros libros que guardan mayor relación con éste, sobre todo por la ambigüedad y el misterio de sus especiales mujeres: la psicóloga creada por A.S.A. Harrison (*La mujer de un solo hombre*, Salamandra) meticulosa y amante de los rituales de elegante clase media. O la tortuosa historia de pareja del gran éxito de la estadounidense Gillian Flynn, *Perdida*. La ambigüedad y las buenas maneras como cortinas de humo. La imposibilidad de creer en alguien.

La perfecta máquina ficticia que dibuja Hawkins sobre el plano de la ciudad es herencia de Alfred Hitchcock. Pero esto solo no puede explicar el arrollador éxito de esta historia aparecida en enero de este año y que en febrero ascendía al primer lugar en la lista de *The New York Times*, y allí ha permanecido durante los últimos cuatro meses. En total se calculan tres millones de copias vendidas entre Estados Unidos y Reino Unido. Y por supuesto la productora DreamWorks prepara la adaptación cinematográfica.



Tertulias literarias

Todo esto es por una pobre alcohólica que se refugia en su imaginación. Que además está gorda y parece ser una acosadora de su ex y su nueva familia. Es una chica de ahora pero, como Anna, y como Megan –aquí hay tres mujeres que dan mucho de sí, por modélicas, o traumatizadas o por neuróticas– con eternos dramas.

Hawkins declara que quería enfocar su personaje en esas edades en que las mujeres sin hijos comienzan a sentirse fuera de juego, puesto que todas las de su edad ya son madres. El desconcierto de Rachel no es menos patético que las obsesiones de Megan o los terrores de Anna. Y el amor como troglodita posesión no pierde fuelle, tampoco entre las profesionales liberales.

Al fin, es la memoria la gran artífice de este misterio que arrasa: sus lagunas y agujeros negros. Lo que se hizo o lo que se cree que se hizo. Sobre esto y sobre las diferentes versiones de un mismo hecho seguirá hablando Hawkins en su próximo libro. Recuerden: no beban. Y a no olvidarlo.

Fonte: <https://www.lavanguardia.com/cultura/culturas/20160215/302178928862/la-chica-del-tren-paula-hawkins-critica.html>

Un viaje previsible con demasiadas paradas Por Eduardo Almiñana (Culturplaza.com, 2015)

La llaman la novela del verano. Un thriller que dispone de 'voyeurismo', alcoholismo, paranoia o asesinato y que a pesar de ello no alcanza los niveles de intriga que promete.

Rachel realiza el mismo recorrido matutino en tren día tras día, de Ashbury a Londres. Desde el tren se permite contemplar de un modo efímero las vidas de otras personas. Conoce de memoria el trayecto y el paisaje. Ahora se encuentra a este lado, pero hace tiempo estuvo al otro, más allá del cristal de la ventana que la separa de ese mundo que pasa tan rápido. Por las tardes se monta en otro tren y regresa a casa. Rachel tiene ciertos problemas con el alcohol y también con el olvido. Por una parte le cuesta seguir adelante y borrar de su memoria el recuerdo de una vida –de una persona– pasada. Por otra, es incapaz de traer de nuevo a su mente ciertas experiencias; al parecer la bebida se las ha llevado dejando en su lugar un negro vacío, paradójicamente, repleto de culpabilidad.

Megan y Anna pertenecen a ese universo al que uno accede si cruza las vías. Las idas y venidas de los trenes forman parte de su entorno. Están ahí, simplemente. Intentan no prestarles demasiada atención, de la misma manera que quien vive junto a un aeropuerto se esfuerza en no escuchar el rugido de los motores que elevan del suelo a los aviones, o quien duerme cerca de un campanario desarrolla la habilidad de ser ajeno a los tañidos de las campanas. Megan y Anna no ven a Rachel pasar cada día. Pero Rachel sí puede verlas a ellas. De hecho, Rachel no solo las ve. También las analiza y fantasea con sus vidas. Con cada una de un modo distinto.

Tertulias literarias

Este voyeurismo no le reporta a Rachel más que sensaciones agrídulces en el mejor de los casos. En realidad, generalmente contribuye a hacerla sentir parte de una rutina gris y anodina. Pero todo cambia cuando es testigo de un hecho anormal, un suceso que nadie más podría haber percibido e interpretado a excepción de ella. Es su oportunidad: por fin podrá ser algo más que una mera espectadora, ahora será también una jugadora sobre el terreno.

Esta es la premisa de la que parte *La chica del tren*, de Paula Hawkins, novela que está pulverizando récords de ventas: veinte semanas consecutivas como libro de tapa dura más vendido — arrebatándole el pódium en esta categoría al mismísimo Dan Brown—, millones de ejemplares agotados que han logrado hacer sombra incluso al lanzamiento del muy esperado Grey. Las cifras lo corroboran: un auténtico fenómeno mundial. ¿Cuáles son las causas de este tremendo éxito? ¿Qué ha impulsado a tanta gente a escoger este libro y no otro en las librerías? Francamente, una vez leído, tal frenesí se vuelve más difícil de entender.



Para que un libro sea considerado bestseller solo hace falta una cosa: que venda mucho. Parece obvio. Bestseller —o superventas— no dice nada acerca de la calidad del texto. Hay bestsellers muy interesantes, y otros que no lo son tanto. Por lo general el bestseller actual suele contar una historia para todos los públicos que se desarrolla a base de revelaciones, giros y sorpresas de distinta índole. Sea una novela romántica o un thriller como en este caso, la mecánica es muy parecida. Este tipo de recursos mantienen nuestra atención y nos hacen querer seguir adelante, nos cautivan, nos sumergen de lleno en los acontecimientos que se narran. Saber manejarlos no es sencillo: hay que crear el ritmo adecuado, hay que tener talento y oficio.

El problema es que *La chica del tren* es completamente arrítmica. La dosificación no es correcta; durante las primeras doscientas páginas la trama transcurre lenta y ligera de sustancia, para cerca del final, explicar con prisas todo el misterio, una serie de clichés de telefilm vespertino que seguramente muchos descubran bien pronto. Además de esto, en demasiadas ocasiones las situaciones son artificiales e inverosímiles, los personajes son construcciones de manual carentes de atributos que nos hagan recordarlos una semana después de pasar la última página, los lugares comunes exceden lo admisible. Ante este panorama, uno se pregunta dónde encontraron otros un rompecabezas deslumbrante, electrizante, espectacular, o envolvente, por hacer uso de algunos de los calificativos que se han empleado en las tapas de la edición. Cabe pensar que estos lectores caerán desmayados si algún día se cruzan con los grandes títulos de la auténtica novela negra. ¿Cómo se referirán a ellos sin caer en la hipérbole lovecraftiana?

Tertulias literarias

La estación del descarrilamiento

El verano es muy proclive a regalarnos obras de este tipo: títulos en cuyas portadas leemos mensajes que generan enormes expectativas, libros de los que se habla tanto que se vuelven omnipresentes a raíz de poderosas campañas publicitarias. Los vemos en todas partes; ocupan lugares importantes en las estanterías de las grandes superficies, se anuncian en la radio, se habla de ellos en programas de televisión, gozan de mucha presencia en internet, reciben elogios de todo tipo. Son los libros que hay que leer, son booms editoriales de playa y sombrilla. Todo bien siempre y cuando consigan, por lo menos, ser entretenidos.

Cuando no consiguen siquiera atraparnos como otros primos hermanos suyos, cuando son previsibles e idénticos a un sinnfín de creaciones anteriores de tal manera que tenemos una persistente sensación de déjà vu durante toda su lectura, hay que aprender la lección para la próxima. Los libros que te acompañen en el transcurso de tus vacaciones no tienen por qué ser los mismos que los de miles de vecinos. Hay una gran variedad donde escoger, un sinnfín de andenes en los que esperar para iniciar ese viaje literario-vacacional. Asegúrate de comprar el billete adecuado.

Fonte: <http://epoca1.valenciaplaza.com/ver/162274/chica-del-tren-critica.html>



La chica del tren (The girl on the train)

2016, EEUU

Dirección: Tate Taylor

Intérpretes: Emily Blunt, Rebecca Ferguson, Haley Bennett

"La novelista proponía un cansino juego a tres voces orientado a enmascarar una intriga rutinaria, en la pantalla todo sigue igual (...) En su rauda adaptación cinematográfica, tanto el director como la guionista parecen tomarse la labor como un mero trámite" (El País)

[Más críticas en Filmaffinity](#)



[Archivo documentación Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 - Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2018-2019